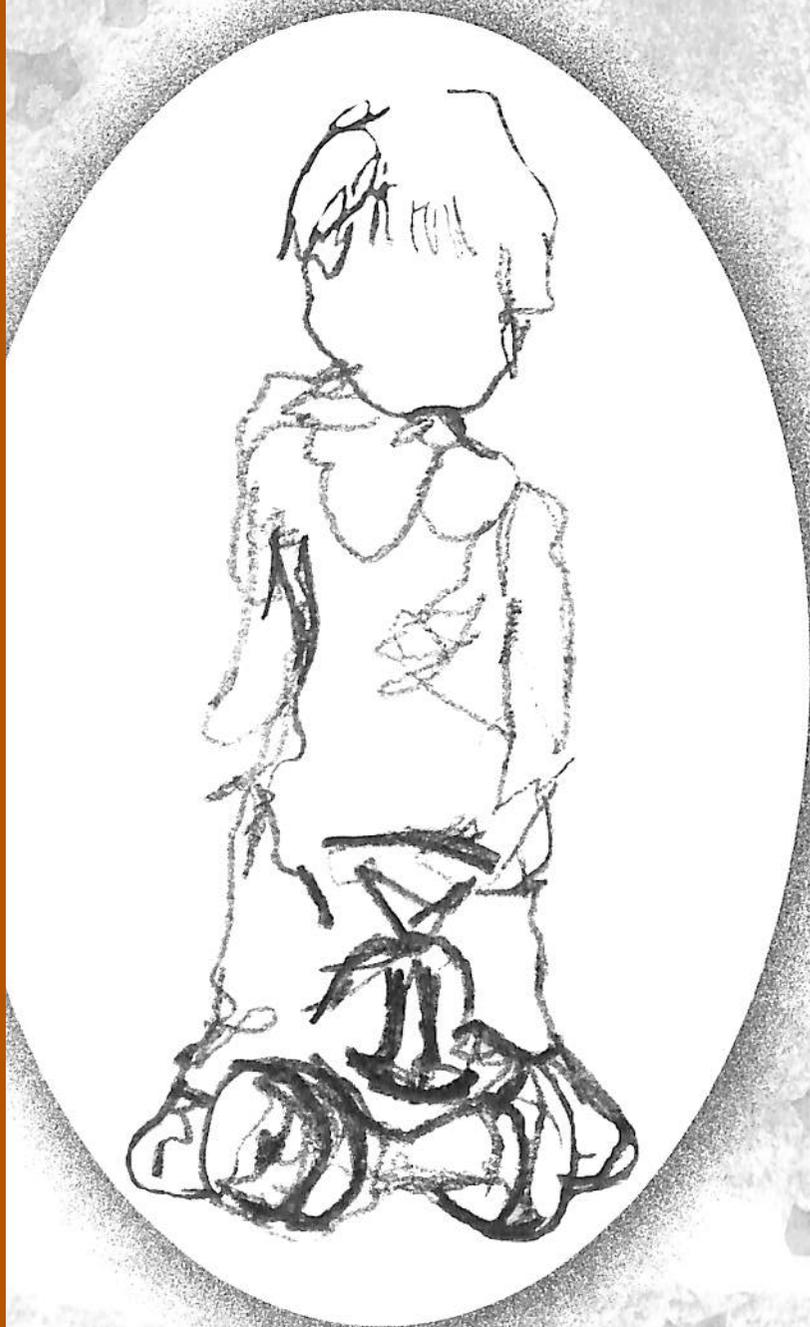


# COLMENARIO



Yessica L. Díaz Mendoza.

# LAS NOVELAS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA COMO APOYO EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

urante muchos años impartí clases de historia de México, especialmente a estudiantes de nivel superior; de muchos de ellos no obtuve una respuesta favorable, al menos de entrada, aunque durante el curso cambió su actitud.

La argumentación que los alumnos hacían para justificar su falta de interés por el estudio de la historia comprendía varias explicaciones, entre ellas puedo citar como las más comunes las siguientes: “la historia se ocupa de lo que ya pasó, para qué tenemos que estudiarla si ya no nos sirve para nada pues lo que relata ya sucedió”, “la historia es muy aburrida, todo se resume a memorizar nombres de personas y lugares, y fechas importantes para conmemorar”, “la historia no tiene un beneficio práctico e inmediato como sí lo tienen otras ramas del saber”, etcétera, etcétera, etcétera.

No creo ser la única profesora de historia que haya vivido esta predisposición de los alumnos hacia esta materia de estudio, predisposición no siempre injustificada. En buena medida los profesores de historia somos responsables de este rechazo, una de las respuestas que les damos a los alumnos para defender la enseñanza de la historia y que se le atribuye a Herodoto es: “la historia es la gran maestra de la humanidad”, sin entender cabalmente lo que esto significa; o “hay que conocer el pasado para entender mejor el presente y prever el porvenir”, o “el pueblo que no conoce su pasado está condenado a cometer los mismos errores” y tantas frases más, hechas y repetidas, que de tan utilizadas las hemos vaciado de

contenido, no obstante la validez de su significado original.

Respecto al excesivo uso de la memoria como recurso fundamental que el alumno debe poner en práctica para el aprendizaje de la historia, también los profesores somos los responsables. Hay docentes que todavía aceptan y defienden que la historia es un agregado de datos del pasado, supuestamente conectados entre sí y que su narración y memorización son la clave para su enseñanza-aprendizaje, lejos de entender a la historia como un proceso, donde los sucesos no se explican por sí solos si no los explicamos en un continuo en el cual debemos descubrir y entender las relaciones que en él existen, sin dejar de lado a la misma causalidad. Reconocer causa-efecto- causa, fin-medio, fatalidad-causalidad, necesidad-oportunidad, antecedente necesario-consecuente posible; en fin, una serie de relaciones cuyo hallazgo haría más interesante el estudio de la historia. Es por eso que propongo la lectura de novelas históricas para apoyar la enseñanza de la historia misma, sin embargo, considero que son necesarias algunas reflexiones.

Los filósofos clásicos griegos, por ejemplo Aristóteles y su *Poética*, ya afirmaban la superioridad de la literatura sobre la historia porque nos cuenta las cosas como "ojalá hubieran pasado", en cambio la historia nos las narra "tal como pasaron", concebida la historia en una posición muy cerca de lo que sería siglos después el positivismo europeo representado por Comte.

Es verdad que la literatura aborda asuntos más perdurables en el tiempo y en el espacio que la historia, y permite mayor libertad a su autor que la historia al investigador. El artista puede desprenderse de la realidad, el historiador no. El artista puede, gracias a su imaginación, unir la realidad y la ficción, lo que es y lo que debiera ser, lo real y lo ideal, e incluso manipular las verdades de la historia. "La novela suele contarnos una historia imaginaria. Las ciencias sociales [donde se ubica a la historia], en cambio, que desde el desarrollo del positivismo han aspirado a ser verdaderas ciencias, tratan de postular una serie de proposiciones, relacionadas entre sí, con las pruebas que las pueden corroborar, acerca de lo que consideran que es el mundo real" (Berger, 1979: 372).

Dejando a un lado las discusiones ya añejas sobre el carácter científico o no de la historia, los historiadores juzgan los sucesos como elementos de un proceso, así como las personalidades y los grupos a los que dedican sus investigaciones, a pesar de que el historiador, al menos en su acepción tradicional positivista, intenta ser objetivo e imparcial con respecto a los hechos que explica.

Por otro lado, el literato, en este caso el novelista, muchas veces se acerca a la realidad para expresar en su obra la vivencia del mundo que le tocó, por eso el examen de una novela permite conocer

un momento dado de la historia, y más si se trata de una novela histórica. La novela histórica muestra una realidad vivencial, una experiencia en la cual no funcionan igual las reglas de la concordancia y verificabilidad objetivas de la ciencia, pero puede ser una fuente importante de información para el conocimiento de la historia.

Lo que el historiador y el novelista producen está íntima e indiscutiblemente afectado por las circunstancias sociales en las que se desenvuelven. Entre la literatura, la historia y la realidad existe un puente ideológico que guía al escritor para significar e interpretar los hechos que van a integrar su obra, entre estos campos existe necesariamente un proceso de relaciones complejas.

Detrás de la obra del escritor, ya sea histórica en su sentido estricto, o literaria, existe un condicionamiento económico, ideológico, histórico y social que influye en su producción. Así, la obra es un medio de expresión del sentir y del pensar de su autor; le permite difundir sus ideas y orientar el pensamiento de sus lectores y sus juicios sobre la realidad.

Entre las novelas históricas existe una variedad muy rica de conceptos y explicaciones; a pesar de los elementos comunes de algunas que se ocupan del mismo hecho histórico, los escritores poseen cualidades personales y sociales diferentes que

les permiten percepciones distintas del mismo suceso; por lo tanto, nos entregan diversas interpretaciones de la realidad a la que se refieren. Los novelistas pueden mostrarnos algunas caras de la realidad que no se hicieron presentes al investigador de la historia, o que las ignoró por su aparente escasa importancia para el relato histórico. Los buenos observadores son capaces de identificar matices y formas importantes que para otros pasan inadvertidos.

Sin embargo, escribir novela histórica y escribir historia son dos procesos diferentes. Al novelista se le permite todo, e incluso está obligado a mezclar realidad con actividad creadora e imaginativa, al historiador no. La creatividad del historiador está, fundamentalmente, en encontrar relaciones explicativas entre los fenómenos que estudia, así como el planteamiento de preguntas e hipótesis que permitan entender el proceso histórico que investiga. El relato contenido en una novela no puede confundirse con el fenómeno histórico social que lo produce y al cual se refiere. El trabajo de una novela está también condicionado y estructurado bajo sus propios cánones estéticos.

En la historia de México existen algunos sucesos y periodos históricos claves, como lo fue la Revolución mexicana de 1910 sobre la que se ha estudiado y escrito en forma abundante, no sólo análisis históricos sino tam-

bién novelas que son las que propongo en este texto como apoyo para el estudio de la historia y como un recurso atractivo para los estudiantes, probablemente más que los textos de historia.

Un asunto complicado es marcar límites en el tiempo en el que se produjo la obra para decidir si se trata de una novela de la Revolución mexicana o no. En este documento, yo considero como novelas de la revolución aquellas que fueron escritas por quienes vivieron el momento histórico narrado, por ejemplo: Mariano Azuela (1873-1952), José Vasconcelos (1882-1959), Martín Luis Guzmán (1887-1976), Agustín Vera (1889-1946), José Rubén Romero (1890-1952), Francisco L. Urquiza (1891-1969), José Mancisidor (1895-1956), Gregorio López y Fuentes (1897-1966), Rafael Felipe Muñoz (1899-1972), Jorge Ferretis (1902-1962), Miguel N. Lira (1905-1961), Mauricio Magdaleno (1906-1986), Francisco Rojas González (¿-1951), Nellie Campobello (1913-1987) y otros más, todos escritores del siglo XX.

Algunos novelistas mencionados líneas arriba eran ya unos jóvenes cuando se inició la Revolución de 1910, como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán o Vasconcelos; otros eran aún niños como Nellie Campobello o Mauricio Magdaleno, pero a todos les tocó vivir, y a veces muy de cerca, los años violentos que vivió México después de 1910 y a partir de la salida de Porfirio Díaz del poder.

Cada escritor seleccionó los hechos que constituirían el material de su obra y les dio una significación. "El novelista es alguien que no busca leyes sociológicas ni motivaciones psicológicas generalmente válidas sino que necesita encontrar una forma, poner un orden alrededor del caos, dar una estructura que suprima en este otro universo hecho de palabras donde radica su poder, el desorden del magma en ebullición interminable que es la vida" (Campos, 1973: 68-69). A través de la novela el escritor unió cabos, muchos de ellos sueltos que, por lo mismo, corrían el riesgo de perderse en el olvido; en las novelas de la Revolución se encontró un lugar para todo, la vida quedó fija en ellas y hasta se convirtió en otra cosa, por eso se contó de muy diversas maneras.

Las novelas de estos autores pueden constituir, con las debidas reservas, la otra cara de la historia de la Revolución mexicana de 1910: una historia más profunda, más rica, más humana. A pesar del carácter documental de algunas, los escritores arriba mencionados no se quedaron en la pura descripción, sino pasaron al campo de la auténtica creación, del mito y de la fantasía frente a lo que vivieron. A su manera, cada uno narró las luchas, los conflictos ideológicos y los problemas sociales de la época.

Casi todos estos autores fueron autodidactas, salvo Martín Luis Guzmán. Por ejemplo, fueron escritores procedentes de las clases medias trabajadoras que fueron de la provincia a la ciudad. En sus actos

e ideas reflejaban sus tradiciones y maneras de pensar, que vivieron cerca de los trabajadores agrícolas y algunos de ellos en contacto con el trabajador de la ciudad. Miembros de familias de clase media pero con aspiraciones de desarrollo capitalista y modernizador, algunos de ellos vivieron cerca de las fuerzas más dinámicas que darían paso al crecimiento del México moderno como lo fue el caso de Vasconcelos, quien ocupó el puesto de Secretario de Educación durante la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924).

En los relatos de estos novelistas se unieron historia y literatura, por eso sus novelas pueden ser consideradas como documentos históricos de quienes participaron en el movimiento armado; sin embargo, seguramente no se propusieron escribir historia, ése no fue su cometido. En todo caso, su objetivo fue dejar un relato literario sobre la Revolución; ahora, nosotros podemos, con su ayuda, entender mejor aquella etapa de la historia mexicana.

Los novelistas de la Revolución intentaron expresar el mayor realismo posible, aunque a veces lo hicieron a través de una serie de cuadros sueltos, rápidos, como sucedió en la historia misma que abordaron. "En medio de la lucha, el autor no tiene tiempo —ni tampoco serenidad— para organizar en una composición bien ordenada las impresiones sorprendidas y violentas que recibe. Le sucede lo mismo que al pintor de batallas que cuando asiste al campo en el que se desarrolla el combate sólo recoge rasgos, perfiles, perspectivas fugaces, que le servirán más tarde, en la tranquilidad del taller, para pintar un gran cuadro épico" (Castro, 1981: 11-17).

La mayoría de estas obras se caracteriza por su condición de memorias a través de las cuales cada autor dio a conocer su intervención en la Revolución. "El género adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue a la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo; otras veces se presenta la perspectiva autobiográfica y, con menos frecuencia, los relatos objetivos o testimoniales" (Martínez, 1966: 1). Los autores, pues, recrearon la realidad, jugaron con ella y crearon un nuevo arte narrativo.

Un hecho considerado como extraordinario durante "la paz porfiriana", la guerra, dejó de ser eso en la vida cotidiana de los hombres pero la violencia se convirtió en la constante para muchos de ellos. En estas novelas de la Revolución se describe un pueblo que inicia su lucha por lograr un sistema social nuevo, en ellas se dibuja la creación de un nuevo Estado y una nueva cultura; se utiliza un estilo realista, audaz y penetrante. Cada una nos permite conocer el concepto que el autor tenía acerca de un mundo violento y agresivo, el mundo que le tocó vivir o conocer muy de cerca en el tiempo y en el espacio.

Se narra cómo una gran parte de la población mexicana se incorporó a la vida nacional a través de su participación en la guerra, obliga-

da por la injusticia y el descontento frente al viejo régimen porfirista y con la esperanza de cambiar ese sistema de cosas en beneficio de los excluidos y marginados. Segunda etapa, ésta, de casi todas las revoluciones sociales, después de la de preparación y antes de la de reconstrucción de un nuevo orden. A pesar de los horrores de la guerra, los novelistas dejaron vislumbrar cierta confianza en que los acontecimientos, por encima de lo terribles que fueron, podían orientarse a favor de la nación, siempre y cuando se controlara a las masas, se acabara con los líderes aprovechados, se retomaran los principios que orientaron a la Revolución en sus inicios y se evitara, a toda costa, la formación de nuevas castas de privilegiados y abusivos del poder.

Algunas novelas incluyen a los vivales, algunos de ellos se las dieron de intelectuales, y lo único que hicieron fue aprovecharse del río violento para sacar un provecho propio, que fue la razón verdadera por la que se unieron a la Revolución. Asimismo, aparecen los revolucionarios, incluidos algunos cabecillas, que no tenían muy claro el o los porqués de la Revolución de 1910, y que se unieron a "la bola" más como un hecho inmediato e irreflexivo que como resultado de un proyecto social claro.

El lenguaje obsceno que utilizaron varios escritores muestra la posición de las clases; sus juicios favorables hacia "los de aba-

jo" brotan de sus ideales humanitarios, más que de una cabal comprensión de los hechos como producto de condiciones sociales y económicas concretas. Sus retratos son agresivos, los hechos son vistos con una mirada amenazadora y acusadora. Narran un mundo visto con ojos maniqueos: intelectual contra masa, luz contra tinieblas y todo lo demás que se halla unido a este eje principal; de un lado la luz, el lenguaje preciso y correcto, la razón, el equilibrio, la humanidad que era lo que ellos representaban; del otro lado la noche, el ruido, lo sinuoso, lo instintivo, la desmesura, la animalidad. Esto representado por las masas sin control y sus cabecillas abusivos e infames; dos cadenas que corrieron paralelas en la narración y que frente a la desesperación de los escritores, parecía que se unían.

Los novelistas personificaron los ideales liberales en la figura de Madero, propusieron la tolerancia ante la diversidad de ideas, la educación como palanca para el progreso nacional, la democracia política basada en un pueblo ilustrado, la libertad de trabajo y el mejoramiento material de los hombres a través de nuevos caminos como la industria que tanto había ayudado al avance de otros pueblos; el respeto a la propiedad como producto del trabajo, la creación de una verdadera nación independiente y de un Estado fuerte colocado por encima de las clases, conciliador de sus

intereses y conflictos. Esas ideas se oponían al caciquismo, al fanatismo, al dogma, a la ausencia de libertad ideológica y política en la que habían vivido unos cuantos años atrás.

En el pensamiento de los novelistas se encuentra una ambigüedad entre el determinismo histórico y la posibilidad de cambio gracias a la acción organizada de los hombres, no como fuerza incontrolable, como "piedra que cae" o como "hoja que arrastra el viento", a la manera de Demetrio Macías cuando se le preguntó por qué luchaba en la novela *Los de debajo* de Mariano Azuela, sino como una nación integrada por hombres libres e iguales ante la ley y dirigida por los mejores, todo enmarcado en un liberalismo moderno y progresista.

Las novelas se convirtieron en demandas de valores humanos inexistentes en un mundo degradado a causa de la injusticia y las desigualdades sociales, llevaron en sí la denuncia de lo que sus autores consideraron como falso y la búsqueda de un orden social por encima de un mundo que aparecía caótico frente a sus ojos.

La Revolución mexicana en los años que se sucedieron después, especialmente hasta el gobierno de Álvaro Obregón, fue narrada como un proyecto fracasado en el que se habían perdido los valores del liberalismo y del humanismo, valores que en un principio habían justificado la guerra como válida, justa y necesaria.

Apareció el mimetismo en los hombres que dirigieron los rumbos políticos y económicos de México durante los años posteriores a 1917, hombres que a la manera del camaleón ocultaron la realidad bajo las apariencias. El rico arribista que de repente se confesó revolucionario al comprobar que con ello obtenía un mayor beneficio si dejaba de oponerse al cambio; el cura comparsa de los ricos que seguía engañando al pueblo para mantenerlo pasivo, cuidando de que no volviera a surgir la cara violenta de la rebelión; los intelectuales dedicados a endulzar los oídos de los políticos "de arriba" para obtener con ello buenas ganancias; el profesional acomodaticio y tramposo al servicio exclusivo del dinero; el cabecilla que arrastraba tras de sí a las masas para conseguir sólo beneficios personales; mujeres degradadas, perversas seductoras que mostraban lo más primitivo del hombre y con ello se disminuían en su esencia humana y se acercaban a lo animal; hombres todos que se aprovechaban del momento para medrar en su provecho.

Pareció entonces que en el fondo nada había cambiado, todo había quedado en meras apariencias. Diversas de estas novelas encierran un gran desencanto y desesperanza hacia "los de arriba" y hacia "los de abajo". El pueblo, según los novelistas, demostró su incapacidad para ser un verdadero agente de cambio dirigido por sí mismo, por incontrolable e instintivo estaba destinado al fracaso. En "los de abajo", según algunos de los novelistas de la Revolución, el hábito de la servidumbre que en ellos existía les impidió darse a sí mismos un destino mejor.

Los novelistas plasmaron sus conflictos internos e ideológicos en la interpretación que hicieron de la realidad que vivieron. Criticaron el abuso, la dictadura, la violencia, la lucha fratricida, el pillaje de "los de arriba" y de "los de abajo", el oportunismo político de los viejos porfiristas y huertistas disfrazados después de revolucionarios y que traicionaron a la Revolución. Diversas novelas denunciaron que la condición de "los de abajo" no había cambiado, éstos continuaron sin tierra y sujetos a las mismas condiciones sociales de explotación que durante el porfiriato, pacificados ahora por la verborrea demagógica de los nuevos líderes y jefes de la Revolución, quienes les aseguraban que ésta seguía avanzando, la cuestión era "esperar", así se practicaba ahora la nueva política al "triumfo de la Revolución".

Estas fueron algunas reflexiones propias sobre este tema que, espero, puedan ayudar a quienes se dedican a enseñar la historia de México —especialmente el periodo de la Revolución mexicana de 1910—, para despertar el interés de los alumnos.

Sin embargo, se corre el riesgo de recomendar la lectura de novelas que ni como tales y mucho menos como historias tienen algún valor, y que sus autores, en nombre de la creatividad y la libertad literarias, y tras un superficial estudio del personaje o de los hechos, escriben "novelas históricas" de muy bajo valor literario e histórico, lejos de la preceptiva literaria y del rigor que debe de poseer una auténtica investigación. No dudo del valor de las obras de Paz o Fernando Benítez cuando abordaron la figura y la historia de Sor Juana buscando entre sus propias trampas de la fe y sus demonios en el convento, o lo que hizo Fernando del Paso en la búsqueda de noticias del imperio para acercarse a Carlota, o lo escrito por García Márquez quien encontró a Bolívar perdido en su propio laberinto, escritores que a su gran y personal vena literaria, agregaron el trabajo minucioso y serio de un investigador para producir una novela que puede auxiliar para el conocimiento de la historia; pero no cualquier escritor que se diga autor de una novela histórica alcanza tal rango y es de quien debemos cuidarnos pues su lectura, especialmente para quien se inicia en el campo de la historia, puede desorientar y tergiversar el conocimiento de la realidad que trata la obra consultada y recomendada por los profesores como una buena novela histórica. LC

## BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (1989), *Poética*, México, Editores Mexicanos Unidos.  
Berger, Morroe (1979), *La novela y las ciencias sociales, mundos reales y mundos imaginarios*, México. FCE.  
Campos, Julieta (1973), *Función de la novela*, México, Joaquín Mortiz.  
Castro Leal, Antonio (1981), *La novela de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México,

Aguilar.

- Martínez, José Luis (1966), "La novela de la Revolución", en *El gallo ilustrado*, núm. 230, suplemento cultural de *El Día*, México, 20 de noviembre de 1966.